Ricardo Rojas, el argentino esencial

RICARDO Rojas es el argentino esencial. Las raigambres de su abolengo atraviesan los estratos coloniales y se nutren en los hontanares de la indianidad. Él reconoció estas ascendencias, y lo proclama en *El albatros*, poema de su rebeldía, escrito durante el confinamiento en Ushuaia:

Sobre la Isla que la infamia enloda,
yo enciendo el nuevo fuego de la raza
para las gentes de la patria toda

yo, el último indio. En mí el ayer se enlaza
al futuro de América...

Esta expresión no es recurso literario, ni énfasis de la inspiración. Tiene la validez de una confidencia de la intimidad espiritual. Su obra es espiga joyante de tales principios, puesto que es espiga de la argentinidad. Al través de toda su producción de medio siglo, indianismo, colonia, formación de la nacionalidad, drama de la tiranía, organización, restauración de la conciencia cívica, por medio de la educación, presentimiento de una patria con nítida jerarquía euríndica, son hebras melodiosas, voces de admonición y profecía, enseñanza y ejemplo, que identifican sin equívocos la esencia biológica y espiritual de este hombre que se nos fue el 29 de julio de 1957 para entrar en la familiaridad de los próceres de nuestra cultura. Había nacido en Tucumán el 16 de septiembre de 1882.

Un santiagueño benemérito, don Absalón Rojas (1845-1893), hijo de santiagueños genuinos—Lorenzo Rojas y Ramona Castro—fue su padre y señero. Aquel varón de corta vida y de larga proyección en el progreso integral de la provincia, le dejó como herencia, si no dineros, pues murió en la pobreza, la lección de una austeridad que blasonó su acción como diputado, senador y gobernante, en épocas de áspera batalla

política y de obstinada penuria económica, signos que valoran todavía más el fruto del esfuerzo creador traducido en escuelas, dignificación del trabajo y preservación denodada de los bienes de la tierra. Su madre, doña Rosario Sosa y Sobrecasas, era nativa de San Miguel de Tucumán, y murió casi centenaria, en Buenos Aires, en 1951.

Ella, cuando niña, según me lo repitiera enternecida, solía jugar en los patios fragantes de azahar y de evocación, de la casa donde se juró la Independencia, y que se hallaba frente a su hogar paterno. Doña Rosario creció respirando allí el hábito de la tradición épica de la nacionalidad. El hijo de su vientre traía por influjo misterioso, el designio místico, la emoción sacerdotal, que hizo de él un predicador y un augur de la argentinidad. Y eso era Ricardo Rojas: un apóstol velando el fuego espiritual de la Patria.

No egresó de ninguna Facultad, pero la mayoría de las Universidades de América le otorgaron la ejecutoria de Doctor "honoris causa", y las academias de mayor predicamento en el ámbito de habla castellana le reservaron el clásico galardón de los miembros dilectos. El célebre claustro de la Universidad de San Marcos de Lima se congregó para escuchar su palabra sobre el Libertador, y todo Perú se soliviantó de alegría patriótica y fervor solidario a fines de 1955 cuando el gobierno argentino, surgido de la Revolución restauradora de las libertades ciudadanas, designó a Rojas embajador en la legendaria tierra del Inca, misión que su salud, precaria ya, no le permitió desempeñar. En 1928 los intelectuales argentinos festejaron el 25º aniversario de la aparición de *La victoria del hombre*, en un acto memorable presidido por el Dr. Marcelo T. de Alvear, que ocupaba entonces la primera magistratura del país. Yo tuve el honor de integrar la comisión organizadora del homenaje, encabezada por el poeta Arturo Capdevila; en 1953 me fue dado acompañarlo en la celebración del medio siglo de su iniciación en las letras. Para él solicitó en esta circunstancia el Centro de Derecho y Ciencias Sociales, el Premio Nobel de Literatura, con el apoyo de centenares de instituciones.

En la conferencia que pronunció Rojas en Montevideo, el 1º de agosto de 1932, sobre el autor de *Tabaré*, el armonioso Juan Zorrilla de San Martín, ante eminencias de la Universidad, dijo que el "poeta es el que ve en las tinieblas; espíritu, que oye, como el indio, los rumores de la tierra". Y yo glosé estas palabras para afirmar que Rojas, poeta y vidente, vio en la sombra para guiarnos hacia el puerto donde brilla la luz de la democracia que nos hará libres y venturosos.

A la extensa y bella producción de este querido maestro y amigo, al

que me sentí unido por afinidad espiritual desde el día en que asistí, como alumno, a sus clases, y compartí su afecto generoso, he de referirme en los breves párrafos que siguen, escritos con gran emoción porque siento a mi lado el latido cariñoso de su alma.

HISTORIA Y LEYENDA DE LOS ORIGENES ARGENTINOS

"¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello". Tal era la inquietadora pregunta y subsiguiente sugestión que en 1883 lanzara Sarmiento, desde las blancas alturas de su ancianidad. En el afán de responderle, Ricardo Rojas publicó, casi tres décadas más tarde, su *Blasón de plata* (1912), libro de prosa poemática que procura iluminar el misterio del nombre patrio, el drama de la conquista y el fervor de nuestra gesta nacional. Es oportuno advertir que en el número extraordinario de *La Nación*, dedicado al centenario del 25 de Mayo de 1810, habían aparecido los capítulos de la obra. El hombre que en 1934, sobre el helado alcor fueguino, confiando al bravío mar y a los vientos antárticos su meditación y su congoja de patriota, proclamaba "Yo soy el último indio", ya en 1910 se había adelantado para ejercer la abogacía de la raza, para explicarla como acontecimiento humano, en su grandeza y en su tragedia; para decirnos de sus entronques con el conquistador, que generaron al criollo, y de las contiendas de éstos con su dominador para alcanzar, como alcanzó, la libertad, bajo la advocación del espíritu de la tierra india. *Blasón de plata*, libro de doctrina, proclama la perennidad del alma india que se revela en la sangre, la tradición, la historia y el arte. América tiene un numen que no perecerá por grandes que sean las transmutaciones que se sucedan en la cultura de sus pueblos. Rojas sostiene estos principios y, como un augur, interpreta los anuncios que cantó con voz quebrada el rey mexicano Netzahualcóyotl, y los signos lunares que hicieron languidecer al inca Huayna Capac, el último que pudo morir libre del avasallamiento del invasor hispano. Dice la tradición, recordada nuevamente por Rojas, que habiendo Huayna Capac elevado sus ojos al cielo nocturno, advirtió que el halo que circundaba a Mama Quilla, mostraba tres anillos distintos; uno rojo, otro negro y el postrero indefinible, esfumado. Mandó comparecer a los viejos llaycas, familiarizados con los arcanos, y ellos le enseñaron que el anillo rojo indicaba guerra, el negro la muerte de Inti, que era como decir la muerte de la nobleza incana; y el último, el final de los pueblos aborígenes, la extinción de la raza misma, el sombrío abismo de los olvidos para ésta. Y no mintió

la lengua de los llaycas. Las huestes de allende el mar, compuestas por hombres blancos y barbados, llegaron hasta la puerta misma de los templos sagrados, y sus espadas y arcabuces sembraron la muerte. Las sendas de las montañas y de los bosques se humedecieron de sangre; luego, los hijos del sol, los incas venerados, cayeron abatidos, con el sumtupáucar pisoteado por el enemigo poderoso en armas. Pero maguer los esfuerzos del guerrero ultramarino, las tareas de la evangelización, la mita, la encomienda, las leyes intransigentes, el castigo, la vigilancia tenaz y el trasplante cultural, la raza subsistió y subsiste todavía, como fatalidad biológica, como continuidad de una tradición eterna y como símbolo. Solamente dos signos se cumplieron de aquel presagio interpretado por los sabios llaycas del Cuzco: el de la guerra y el de la sangre. El círculo del olvido, no. Y no se cumplió porque lo impidieron las que Rojas llama "las fuerzas eternas de la tierra... la tierra que habla con la voz de sus poetas..." El indio no murió. Su carne se hizo polvo, pero su alma es permanente renuevo en el paisaje, la historia, la poesía, el folklore, de la patria. El espíritu indio pasó al hijo del conquistador al través de la carne terrena de las mujeres nativas. "La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro Blasón" —dice Rojas—, para agregar: "la tradición argentina encuentra en ella su origen y su continuidad". Todo el énfasis heroico de la Conquista, con sus mitos, sus leyendas, sus Trapalandas, Elelines, Césares, Yungulos y Quiviras; sus caciques de magia como Obreá, su rey Blanco y su famoso río argentino, polo de ilusiones y señuelo de temeridades, discurre como una sangre juvenil por los treinta capítulos de *Blasón de plata*; todo el fervor americano y la videncia penetrante del poeta doctrinario vibra en esas evocaciones de Mayo, cuyo grito preclaro tenía resonancias misteriosas del espíritu indio, resonancias que asumen un sentido profundo en la proclama de Castelli sobre las piedras de Tiahuanaco, o en la estrofa del Himno: "Se conmueven del Inca las tumbas / Y en sus huesos revive el ardor / Lo que ve renovando a sus hijos / De la Patria el antiguo esplendor".

Rojas ha esclarecido el abolengo de la nacionalidad. Y con ello ha contestado a Sarmiento: —¡Desde las mismas raíces de la indianidad somos argentinos!

RESTAURACIÓN DEL ESPIRITU ARGENTINO

El carácter integralmente argentino de Ricardo Rojas, se reveló en plenitud, combativo y didáctico al par, acuciado por el conflicto emocional

y mental que recrudeció en él cuando, mozo provinciano de 25 años en 1907, realizó su viaje de estudio por las naciones más adelantadas de allende el mar, y pudo comparar culturas y sistemas de enseñanza, decantados por el tiempo y las rectificaciones del progreso, para relacionarlos enseguida con nuestro medio. Comprendió, asimismo, el agudísimo drama de la absorción espiritual argentina por parte de los influjos fascinadores de Europa; abarcó, alarmado, la desventaja abrumadora que suponía para nosotros, la incontrolada invasión de ideas, sentimientos, intenciones, normas y procedimientos económicos y sociales extranjeros, que, como un viento patagónico, arrollaban pujantes la débil resistencia local, tanto más débil cuanto más abiertamente se manifestaba, en los altos planos de nuestra civilidad, la tendencia esclavizante a imitar y substituir, con desmedro de las raíces nacionales, de las savias esenciales de la tradición, del alma argentina. Ya Sarmiento en sus postreros años había reaccionado con vehemencia al descubrir que la inmigración que él y Juan Bautista Alberdi, y mucho antes, Esteban de Luca en su poema optimista, y Rivadavia en sus decretos de vanguardia, estimularon con fervor confiado, contenía oculta en su enorme y generoso caudal de bondades, la pérfida polilla del egoísmo, la propensión al dominio, la avaricia y la ingratitud política, que alguna vez se definieron en amagos de convertirnos en colonia. Esta inmigración desordenada, multiracial, heteróclita, creó un cosmopolitismo disociador calificado oportunamente por Jean Jaurés. A la vera del honrado labrador que funda pueblos, se infiltró el agitador anarquizante; entre las masas fértiles a la adaptación y el cruzamiento, llegaron corrientes impermeables a la influencia terrígena, a la emoción nativa, a los llamados de la sociedad que los acogía. También largo fue el número de los que tomaron nuestra tierra como una simple mina pródiga de oro, a la que había que explotar sin darle amor ni gratitud.

Aleccionado por lo que conoció en Europa, y por lo que la realidad le mostraba en su propio país, Rojas presentó en 1908 su *Informe* al Ministerio de Instrucción Pública, de acuerdo con la encomienda honoraria que había recibido antes de partir. La materia del trabajo, copiosa y ordenada meticulosamente, contenía dos partes distintas. La primera, una perspectiva cabal de la educación europea. La segunda, que es la que interesa a la finalidad de esta semblanza, un desarrollo de la teoría de las humanidades modernas—teoría criolla de Rojas—; la crítica a la educación argentina, y, por último, las bases para un renacimiento nacionalista.

Nacionalismo, para el maestro, es la confluencia de tres formas del

patriotismo: el instintivo, elemental y primario, apegado a la tierra; el religioso, que agrega los valores éticos y económicos, y, el político, sentimiento inspirador y defensor de los factores que dan carácter al civismo, esto es, cuanto implica solidaridad territorial, esfuerzo común en beneficio del patrimonio nacional; respeto a los intereses colectivos; creación de nuevos elementos de progreso integral, realizados en la paz.

“Esta concepción moderna del patriotismo —reitera Rojas—, que tiene por base territorial y política, la nación, es lo que llamo *nacionalismo*”. En 1922, separó la segunda parte, lo que atañe a nuestra Argentina, y la reeditó manteniendo aquel nombre. La otra quedó reservada para un libro que llevaría el título de *La enseñanza de la historia*. Muy lejos de la xenofobia que muchos le atribuyeron entonces, *La restauración nacionalista* es un grito de nobles y elevadas conjunciones; pasión cívica que busca la cohesión de todos los espíritus, de todas las sangres, de todos los vigos, de todas las luces intelectuales, en el espíritu, la sangre, el vigor y la luz de la Argentinidad; que procura una patria en que prevalezca la emoción del suelo, la fuerza unitiva y perdurable de la tradición, el sentido místico de la libertad, el idioma, la lección de los héroes, el culto de la moral, signos de nuestra raza. Rojas ha recorrido todos los caminos de la enseñanza pública y privada en el país, desde la Colonia hasta el albor del siglo xx. Ha examinado hasta lo más profundo, planes, programas, memorias, informes y estadísticas. Ha revuelto los archivos; ha examinado la gestión de ministros, directores de enseñanza, profesores y maestros; se ha metido en la escuela extranjera y confesional, para averiguar y comprobar su apartamiento de la realidad argentina; ha hecho una valoración de los resultados de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria, bajo los viejos métodos pedagógicos y sociales; y, al cabo de tan exhaustiva inquisición, nos dice con voz exclamativa, la grande, la dura verdad: el espíritu argentino languidece suscitado por una firme superposición de sentimientos ajenos a la tradición de la patria. La lujuria del oro desvía las conciencias del ideal cívico superior; el hervor cosmopolita mata el germen de la conciencia colectiva; falta a la acción docente un auténtico sentido nacional; se copia en materia de educación, cuando es hora de crear con entraña nativa. La restauración del espíritu nacional se alcanzará salvando la escuela, dándole un contenido argentino, convirtiéndola en célula fecunda de la ciudadanía. Esta urgente necesidad señalé yo en 1940, cuando la infiltración totalitaria, amenazaba los cimientos de la República.

Fui combatido entonces, y por eso escribí en *La Nueva Provincia*

de Bahía Blanca, mi artículo "El color de la traición", dedicado a los argentinos que olvidan su origen y su deber. Y comprendí la razón de muchas previsiones de Rojas, clamadas en 1909. "La escuela primaria, por el estudio del pasado, debe enseñar el ideal que la patria podrá realizar en el futuro". El maestro agregaba a esto que en el aula se debe, asimismo, enseñar al niño lo que podrá hacer por la patria, una vez convertido en hombre. Las soluciones al problema las propone Rojas diciendo que "la nacionalidad debe ser la conciencia de una personalidad colectiva"; que esta personalidad colectiva se define y caracteriza por la obra formativa de la escuela. Por eso es imperioso crear en ella la conciencia de la nacionalidad, la conciencia patriótica. Pero, además, la escuela argentina debe ser fiscalizada por el Estado, para que cumpla fielmente sus objetivos, entre éstos, los que atañen a la patria misma. "La Historia y el estudio de la lengua del país darían la conciencia del pasado tradicional, o sea el "yo" colectivo; la geografía y la instrucción moral, darían la conciencia de la solidaridad cívica del territorio. . . "Y con estas cuatro disciplinas —sigue Rojas— la escuela contribuiría a definir la conciencia nacional y razonar sistemáticamente el patriotismo verdadero y fecundo".

Este misionero civil que fue Ricardo Rojas, con una rebeldía corajuda, puso al desnudo la imagen de una Argentina desprevenida y confiada, al borde de su quiebra espiritual. Denunció errores; señaló desvíos; y su prédica quijotesca, celebrada por Unamuno, no fue comprendida por sus conciudadanos, pero los análisis posteriores justificaron plenamente esta voz de alarma vibrante y certera que fue *La restauración nacionalista*.

EL NACIMIENTO Y FILIACIÓN DE LA REPÚBLICA

Existe en la patria una fuerza milagrosa, un instinto colectivo que al través de todas las mutaciones y conflictos impulsa al pueblo a sostener su independencia y armonizar pensamiento y acción para realizar los designios de la democracia. El pueblo de Mayo demostró la posesión de ese instinto. Era una herencia que le venía desde lejos, en la historia. A esa fuerza espiritual que en Mayo cobra formidable vivencia, y que emana de factores que van desde el suelo nativo y la tradición hasta el sentimiento religioso, a ese numen creador, llama Rojas la argentinidad. Es, a mi juicio, la doctrina de un apóstol. Para sostener sus argumentos, dichos con verbo encendido de predicador y de poeta, ha sondeado prolijo y paciente los archivos, y de los documentos encontrados, ha extraído las

claves de su verdad, para decirnos del drama histórico de nuestra nacionalidad; explicarnos las consecuencias de esa tenaz oposición de las provincias a fundirse en un poder único que las dominase, en menoscabo de las autonomías naturales, conflicto largo, sangriento, a veces, que desembocó en la llamada Anarquía. Rojas, en *La argentinidad* (1916), traza el paralelo entre lo que para él constituyen oligarquías en el Plata y esos baluartes del instinto democrático que son los cabildos del interior, celosos de sus fueros y al mismo tiempo ejemplos de la auténtica voluntad popular.

Rojas nos dice que el destino democrático de la nacionalidad, que su forma de gobierno, no ha sido consecuencia de la orientación dada por determinados hombres, ni tampoco han podido influir en sentido adverso las ideas y actitudes monárquicas de algunos próceres venerados, porque el pueblo, con su instinto perenne, y los cabildos, con su tradición democrática, constituyeron, después de Mayo, las fuerzas que señalaron el verdadero camino, y nada hubiera podido invalidar su acción. Rojas ha levantado en Jujuy su torre de observación histórica, y ha encontrado un ejemplo admirable en el padre Juan Ignacio Gorriti (1768-1841), diputado por esa provincia, y autor de la famosa *Representación* de 4 de Mayo de 1811 y el escrito del 19 de junio del mismo año, replicados por el Deán Funes con acritud reprochable. En Gorriti, que bendijo la bandera el 25 de Mayo de 1812, en la catedral jujeña, hablaba la democracia.

En la idea y en la acción de este sacerdote ilustre están "los principios esenciales de la Revolución", dice Rojas, pues que aboga por la libre determinación de los pueblos, su soberanía, defiende el municipio, célula de la sociedad, el gobierno representativo, la igualdad jurídica, la división de poderes. El federalismo, realidad argentina por imposición geográfica y luego por firme determinación política, se robusteció con la Revolución. Los cabildos fueron resortes preciosos de este federalismo, porque mantuvieron el principio descentralizar frente a las tentativas del unicato absorbente. Junto a los escritos valientes del padre Gorriti, patriota por tradición y familia, Rojas coloca, para abonar su tesis nortea —diría yo—, las *Instrucciones* juiciosas que recibió el diputado Vidal en 1812, plenas de esencia de Mayo, jugosas de sentido liberal, como las hubiera deseado Moreno, nuncio de nuestra democracia. Frente a estos documentos, que son la médula del sentir argentino en las provincias, Rojas presenta aquellas instrucciones de Artigas, disociadoras y que han movido a largas polémicas en la actualidad, acerca de su sentido y valor político. Y no podía Rojas referirse a tantos y tan palpitantes acontecimientos que engendraron la nacionalidad sin evocar con certeza documental y fervor de pa-

tríota, la historia de la bandera, que vuelve a nuestra mente y a nuestro corazón la imagen de aquel santo armado caballero de la Patria, que se llamó Manuel Belgrano.

Si *Blasón de plata* es el libro del abolengo y de los orígenes, *La argentinidad* es el testimonio de nuestra formación nacional, así como *La restauración nacionalista* lo es de los problemas de la educación como principio de alcanzar una conciencia colectiva.

EURINDIA, DOCTRINA ESTÉTICA DE ROJAS

La doctrina de *Eurindia* (1922) condensa el pensamiento argentino de Rojas. Procura una personalidad, un carácter para nuestra cultura. Pero no limita las proyecciones de esta concepción filosófica al ámbito de la patria; las prolonga a todo el continente, cuyos fenómenos de origen y evolución considera semejantes como las ramas de un mismo gigantesco árbol. La savia de América es única, y por ello, las propensiones de sus pueblos coinciden y se conjugan en vigorosa proporción. Sobre lo genuino se acumulan, al través de siglos, los aportes exóticos; las ciencias, las artes, los sistemas políticos y sociales, arraigan y se fomentan en la dilatada perspectiva territorial de este nuevo mundo, como arraigaron y prosperaron gentes de todas las razas; pero existe un numen eterno, indestructible, activo, que ahonda sus influjos en todos aquellos advenimientos seculares y extraños, por más arrollador que parezcan su poder y su dominación. Rojas sustenta su teoría —que alguna vez llamó sueño, y que cierta crítica denominó temeraria— en la existencia de ese numen, de esas potencias milagrosas e incontrastables que él, con validez denomina “fuerzas creadoras de la tierra”, y que actúan en la vida del hombre trascendiendo, por consecuencia, a toda la entidad nacional. Este espíritu de la tierra madre, este sentimiento maravilloso, este germen de mágica fecundidad, este *ticci kjapac llítac*, noble principio creador que invocaban los incas en sus plegarias, se adentra en las realizaciones de la inteligencia colectiva y las nutre de esa emoción que es una ejecutoria de los pueblos: la emoción del suelo nativo. Por eso afirma Rojas, al justificar su escuela novísima, que *Eurindia* se funda en las fuerzas creadoras de la tierra y penetra, por la raza, en la historia de la civilización humana.

Eurindia nace con los mismos caracteres íntimos que la milenaria conjunción de pueblos y culturas asiáticos en Europa. Así lo ha señalado Rojas. Entonces se llamó Eurasia a este fenómeno, y porque el misterio conjugatorio de sangres y conocimientos, que nuestro autor llama “misterio

etnogónico", se ha repetido en América india como resultado de las migraciones que se suceden desde fines del siglo xv, desde Europa, el nombre Eurindia le cae ceñidamente. Nuestra Argentina, según el maestro, "es, sin duda, órgano más fecundo de tal creación".

El misterio etnogónico de Eurindia es, en realidad, una conciliación integral de medios humanos que se consuma en el arte, al través de los cuatro ritmos históricos: la indianidad propiamente dicha; la era del predominio español; la independencia o el patriciado, y el cosmopolitismo. Son los cuatro signos que se suceden, según Rojas lo explica y analiza en capítulos sintéticos, en la danza, la música, la arquitectura, escultura, pintura y poesía. Pero esta evolución argentina reconoce cuatro factores en constante relación: el territorio, "crisol de fuerzas cósmicas que obran sobre la raza, dándole un carácter regional y trascendiendo por el hombre a la historia"; la raza, "conciencia colectiva homologada por la emoción territorial y por la atmósfera común en la convivencia histórica"; la tradición, que comprende lo que es genuino de la tierra y lo acaudalado por lo que nos llega desde afuera; lo que persiste y lo que fallece; y por último, la cultura, que implica la madurez de la nacionalidad, pues en ella congenian las tradiciones en "cuerpo de instituciones políticas, de doctrinas filosóficas y de símbolos emocionales, que dan a la nación conciencia de sí misma". Esta relación se cumple también a la inversa; la cultura influye en la tradición, que a su vez actúa sobre la raza, y, por último, la raza sobre el territorio "en permanente unidad funcional". Eurindia es fusión, no exclusión; ayuntamiento de indianismo y exotismo, para alcanzar una flor de cultura que, sin ser lo uno ni lo otro, participe de los dos, síntesis armoniosa que dará fisonomía a todas las expresiones estéticas de la argentinidad. Y con autoridad lo recalca el maestro al decir que Eurindia, que persigue un alto propósito de autonomía y civilización, es el crisol en cuyo seno todas las teorías y doctrinas europeas —universales, agregaría yo ahora— "son lingotes que se funden con la argentinidad, con el indianismo y con la conciencia de lo continental".

Al *Silabario de la decoración americana* (1930) lo considero íntimamente vinculado a *Eurindia*. Es un aspecto ilustrativo de esta doctrina medularmente argentina; el que concierne a las artes decorativas. Ya señalé que *Eurindia* se nutre en la experiencia histórica; parte, como asevera Rojas, de la emoción indígena, para conciliar con la técnica europea, y darnos una resultante que participe de ambos factores. En el *Silabario* se circunscribe a la plástica, y, tras el análisis de la signología copiosa que nos legó el talento creador aborígen, y de estudiarla como elemento

de la composición simbólica, busca el medio de que "las formas, emociones o ritmos del arte indígena, puedan resucitar en el alma moderna" y florecer en las expresiones ornamentales del ámbito americano. Ángel Guido, en sus monografías *Orientación de la arquitectura colonial en América* (1927), *Eurindia en la arquitectura de América* (1930) y en su libro capital *Redescubrimiento de América en el arte* (1941), recoge, difunde y aplica la enseñanza del maestro. La primera aplicación de esta doctrina por Guido, es la propia casa de Rojas, joya de arquitectura euríndica, que, por designio expreso del dueño, interpretado por su abnegada esposa doña Julieta Quinteros, acaba de pasar en donación al Estado, con todas las riquezas en libros, documentos y obras de arte que ella atesora. En la actualidad, los iniciados en la filosofía euríndica, constituyen ya una legión en nuestra Argentina y en América.

La emoción indígena en el arte no florece únicamente en las artes decorativas. Rojas la encuentra en los himnarios donde la fe exalta, reza, suplica, por la boca de Manco Capac o Sinchi Roka, incas, a los dioses mayores del Tawantinsuyo. Fueron estos himnos salvados del olvido por la prolijidad del padre Cristóbal de Molina, que ejercía su ministerio en el Cuzco hacia 1575, y de Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua, cuya *Relación* es considerada de principios del siglo XVII. El sabio sacerdote Miguel A. Mossi, comentarista y traductor de *Ollantay* (1819-1895), amigo de don Absalón Rojas, padre de Ricardo, que también era quichuista; el ilustre Samuel Lafone Quevedo, a quien conocí en la Facultad de Filosofía y Letras, en sus últimos años; el investigador inglés Sir Clemens R. Markhan, y entre nosotros, el profesor J.A. Rozas, estudiaron luego, desde mediados del siglo pasado los tres primeros, los textos, que Rojas presenta con medulares comentarios en sus *Himnos quichuas*, obra publicada en 1937 por el Instituto de Literatura Argentina. Por lo que atañe especialmente a nuestro país, Rojas incluye una serie de cantos quichuas—de carácter popular, diría yo para diferenciarlos de los del ritual inca—, que han sobrevivido en las provincias del Noroeste, como las invocaciones a Pachamama, la madre tierra, cuyo culto aquí fue anterior al de Inti, y a Huairapuca, el viento rojo, cantos que, a veces, son la conjunción de la emoción india pura y de la emoción cristiana, y de los que ha recogido el folklore ejemplos como éste:

Pachamama Dios llanan tiacusaj,
Pushkanaipa millimata
Allichapuanki ukjaita uarkuta
Nokapa pushkanaiba asuipaj

Jesús María mamapacha
Amataj puskanira
Pillau anjacho.

"Madre tierra, sólo con Dios viviré / La lana para que yo hile / me la arreglarás, para que yo hile / pronto la honda para mí, para mi uso / para la madrecita (la Virgen) de Jesús María; / pero que lo que yo hilare no se deshenebre".

Entre estos cánticos incluidos en *Himnos quichuas*, los hay que piden a Pachamama ayuda en la caza de la vicuña o en el cuidado de las cabras. Agregaré yo que el folklore ha recogido en Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca y Jujuy, restos de antiguas canciones bilingües al Niño Dios. Rojas descubre asimismo que el influjo indio en las representaciones dramáticas viene desde muy antiguo, y su trabajo *El indio en el teatro* está destinado a demostrarlo. Los pueblos de América lo han leído publicado en la revista *América indígena* de México (1952), la que también dio a conocer de Rojas *El problema indígena en la Argentina* (1943), tema este de carácter social.

EL PAÍS DE LA SELVA

Ricardo Rojas llevaba el latido melodioso y fragante de la selva santiagueña metido en el corazón, como yo en el mío llevo el hálito de la llanura sureña. Este apego, esta devoción a los númenes de la tierra, este amor a los cielos nativos, esta religiosa interpretación de las resonancias profundas de la tradición, llamados maternos de la patria, este gozo exultante que provoca la contemplación de las bellezas del paisaje, en la querencia regional, eran emoción en el poeta, estímulo en el filósofo, sugestión didáctica en el maestro orientador. Ni las metrópolis europeas, ni la permanencia constante en la cosmopolita Buenos Aires, modificaron el instinto terrígeno de Rojas, argentino integral.

Desde *La Nación*, aboga, con fervoroso argumento, por la defensa y preservación de los dechados de nuestro folklore, señalando la urgencia de iniciar la búsqueda de materiales en todo el territorio para su ulterior clasificación y estudio. Él conocía el problema en sus mismas raíces. En 1906, sus artículos "Nuestro folklore" y "Romances tradicionales en América", publicados en el diario de Mitre y reunidos, con otros, en *Cosmópolis* (1907), alientan y aleccionan. Quince años después, el Consejo Nacional de Educación había de realizar aquel pensamiento, al organizar en 1921, entre los maestros nacionales de provincias y territorios, la campaña fol-

klórica más intensa y fecunda que se conoce en el país y en América. Por grato designio cupo a Ricardo Rojas recoger esa magnífica riqueza en el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras, ordenar sus primores, publicar los catálogos cuantitativos y librar esas decenas de millares de hojas documentales a la noble ambición de los investigadores. Yo tuve el honor de colaborar en esta labor con el ilustre maestro desde 1936 a 1946. Mis obras *Romancero* y *Refranero* son índices de esa adicta colaboración. Pero Rojas ha dejado otros testimonios joyantes de que llevaba el espíritu de la tierra vibrando en su corazón. *El país de la selva*, *El ucumar*, *Psiquina* y otros temas en prosa, mayores y menores, señalan luminosamente este rumbo folklórico.

Uno de los primeros libros que leyerá yo en mi infancia, allá en el rincón nativo, en el Dolores legendario de los Libres del Sur, fue *El país de la selva* (1905). Lo dedicó a sus amigos de la selva que jamás olvidó. En esas pláticas que sosteníamos periódicamente desde que yo me acerqué a él siendo estudiante, hasta los días finales de su vida —treinta y cinco años de amistad de maestro y discípulo—, solía recordar con nostalgia el ámbito de *El país de la selva* en el que se crió. El libro palpita entre dos meditaciones. La primera, el pórtico de la obra, recuerda la hazañosa entrada del Capitán Diego de Rojas a la selva santiagueña, y el trágico evento de Salavina, a manos del indomable juri que contestaba al tiro de arcabuces con flechas enharboladas, portadoras de horrible muerte. Cierra esta parte con la evocación de las primeras fundaciones comarcanas. La otra meditación se desarrolla en diálogo con Zupay, demonio local no temido. Y en un triste discurrir de añoranzas y presentimientos, dice el genio selvático palabras con amargor de reproche: "Dentro de pocos lustros, estos bosques habrán sido del todo exterminados", y agrega: "Las selvas van a morir porque "los hijos de ellos vienen a destrozar a la madre". Y Rojas suspira rumiando dolorosamente las videncias de Zupay, mientras contempla el quebracho herido por las hachas, ese "árbol que fuese, entre todos los hijos de la selva virgen, alcázar de los pájaros y lira de las tempestades, hermano de los leones y primogénito del sol". Ya en su labor de narrador, nos enfrenta al gaucho avisado y al indio de quien abusa el egoísmo. Se adentra en las fiestas de la Nochebuena, fragantes de corolas frescas, ruidosas de sonos de caja y voces que celebran al:

Niñito bonito
boquita 'i coral
ojitos de estrella
que alumbra la mar.

Sondea las alegrías del Carnaval en la selva, donde las vidalas picarescas y tentadoras ondean en el aire con olor a chicha, como serpentinatas musicales. Se asoma al velorio del "angelito" donde se canta, se bebe y se danza, porque Dios ha convertido al niño muerto en querube de su reino; observa y analiza al hombre de su quebrachal y lo describe; forma en el corro que escucha al trovador gaucha que lo mismo entona viejos corridos recordando a Ibarra, Taboada o Absalón Rojas, señeros de la política en tres épocas de batalla, que improvisa en quichua o en sermo criollo coplas de amor, de ausencia, de olvido, de guerra; yaravies de evocación secular, de notas lánguidas y sollozadoras; y penetra en el mito, la leyenda y la superstición, para decirnos de los misteriosos poderes de Zupay; los malditos aquelarres de la Salamanca; el paso del *Toro-diablo*, que aterra al imaginativo hachero; la visión del *Nima-quiyo* (dientes de fuego); la *mul'anima* que deambula entre los árboles y del *rumauturuncu* (el hombre convertido en tigre); la impresionante leyenda del *Kacuy*; el milagro de *La Telesita* quemada; las creencias hispanoindias sobre la alquimia hechiceril, el incubo satánico y las danzas de los muertos. Su retrato del criollo selveño es cabal: "Un tanto indolente y fatalista, supersticioso aunque sin nada de fetiquismo, lleno de fervor pagano por la música, la poesía y la danza, es, por añadidura, silencioso, imaginativo y sagaz. Ese hijo genuino de la selva, refleja su ambiente y su tradición. Ideas, mitos, hábitos cotidianos de los primeros tiempos coloniales, sobreviven en ella".

Mas no solamente en esta prosa conmovida, musical, poemática, Rojas nos da la presencia del folklore de la selva y la vibración del alma nativa. En *Terruño*, *El nuevo Ollantay* y *Tres romances de Eurindia*, incorporado, como *Los lises del blasón*, *Canciones de Perséfone*, *Poemas varios*, *Oda de las banderas*, y *El albatros*, al tomo de poesías completas (Edición Losada) que lleva ahora el título general de *La victoria del hombre*, tal como se llamó el primer libro de Rojas aparecido en 1903, está asimismo, en bellos poemas la evocación del Inca, la ñusta, el amauta, el guerrero; del gaucha, la selva, la fauna, el paisaje, los tipos, los juegos, los ritos, las creencias, en "Soliloquio del Inca", "Romance de ausencias", "La cosecha de la algarroba", "Ashpa-Misqui", "Melera", "Brujería", "Baile de la Telesita", "Cueva de la Salamanca", "El harpista ciego", "Rapsodia del quebracho volteado", "Don Carnaval", por no mencionar sino las más difundidas en el país. El mito llama constantemente a su emoción. *La piedra muerta* (1913) es un testimonio. Por encima de la fatalidad física, Rojas coloca el fatalismo místico, típico de la raza india, que atri-

buye la consumación de ciertos fenómenos a las voluntades extraterrenas. Y muchas veces predice como un augur iluminado y eleva su admonición como un antiguo patriarca.

LOS HEROES, SU HAZAÑA, SU DOLOR Y SU GLORIA

En 1922, Ricardo Rojas publicó seis conferencias bajo el título de *Los arquetipos*. Los consagró a "Belgrano, el patricio; Güemes, el caudillo; Sarmiento, el educador; Pellegrini, el estadista; Ameghino, el sabio, y Guido Spano, el poeta".

Las seis vidas están reflejadas en sus perfiles mayores y menores, con justeza de referencias históricas, con acierto estimativo en cuanto al valor de la obra realizada, pero el estudio sobre Belgrano ofrece un conmovedor índice de flagelaciones, recordado por Rojas con palabra admonitoria, con sentencias de patriota, con amor cívico compensador. En 1933, apareció *El santo de la espada* y en 1945, *El profeta de la pampa*, magníficas biografías en las que al rigor documental se unen la emoción de los recuerdos, la multiplicidad de los episodios familiares, sociales, políticos, militares, la acotación filosófica, todo ello expresado en un estilo brillante fervoroso, poemático a veces. *El santo de la espada*, libro que ha recorrido el mundo entero, ya en castellano, ya en inglés, se ha convertido en brevario cívico de la juventud argentina. Casi no hay escuela en el país en cuya biblioteca no figure. Rojas puso el corazón al escribirlo, y porque es místico define a San Martín como el hombre del Destino, el hermano de los iluminados caballeros de Montsalvat. De esta obra me ocupé extensamente en *La Razón* en 1933.

El profeta de la pampa nos ofrece la imagen total del padre de la escuela argentina. Los problemas históricos y morales suscitados por afirmaciones y actitudes del prócer civilizador, quedan resueltos en estas páginas. Había un Sarmiento ignorado o mal conocido por casi todo el pueblo y, en especial, por la juventud, y aun por millares de educadores. Era el que no convenía al oscurantismo detractor, obstinado en atizar la malquerencia al gran maestro y demócrata. Era el Sarmiento patriota, tradicionalista, defensor de la integridad patagónica, constructivo y previsor. Rojas lo ha expuesto mostrando la médula de todos sus libros, sus ideas, impulsos, iniciativas, doctrinas.

El jurado de literatura le había asignado el Premio Nacional, pero fue pospuesto, por un procedimiento que mucho se discutió entonces. La

posteridad, en cambio, le ha discernido otro premio de más alta jerarquía, y es el de difundir esta obra suya con amor y admiración. Por su parte, la Sociedad Argentina de Escritores le dio la máxima distinción: el Gran Premio de Honor.

Su devoción por los héroes y fundadores de la nacionalidad se concentra también en los lejanos rincones del Norte, donde la lucha por la libertad asumió caracteres de heroísmo y sacrificio, que la Historia ha exaltado y el pueblo entero de la República canta y recuerda con orgullo. Con el nombre de *La patria en Jujuy*, Ricardo Rojas estudia, al par que la vida de la ciudad y la actuación de sus Cabildos, la gesta de los beneméritos gauchos de Güemes, estos guardianes abnegados del Norte, a quienes San Martín dedicara, en 1814, el elogio consagratorio. La guerra gaucha tiene en Rojas su mentor fervoroso; aparecen en la claridad de su recuerdo las figuras admirables de Martín Güemes, Pachi Gorriti, Bartolomé de la Corte, José Ramón del Portal, José Gabino de la Quintana, Francisco Juan Salazar y muchos más, para recibir voces de gratitud y de reverencia. Esta monografía apareció primeramente en el *Archivo Capital de Jujuy* (T.IV, 1944), para luego integrar el libro *La entrevista de Guayaquil* (1950).

En los estudios que preceden a los diversos tomos del *Archivo*, Rojas evoca la historia de nuestra bandera y se refiere a la creación de las escuelas con los fondos provenientes del premio otorgado al general Manuel Belgrano. No ha omitido el autor la mención de aquellos lugares de Salta y Jujuy donde el brazo argentino defendió las puertas de la Patria, durante las once pertinaces invasiones realistas. Salta, El Portezuelo, Cerrillos, La Merced, Sumalao, Acoyte, Jujuy, San Pedrito, Tilcara y Yaví, entre otros nombres, señalan el ritmo heroico de la guerra gaucha, inmortal página de ejemplo y de poema, que Rojas, argentino esencial, señala con verbo melodioso.

La exaltación del Gran Capitán es en la pluma de Rojas veracidad y probidad históricas, sugestión moral, enseñanza y ejemplo. Aparecen en plenitud estos caracteres cuando estudia el famoso encuentro de San Martín con Bolívar, en su libro *La entrevista de Guayaquil*, ya citado, volumen en el que incluye también la *Bibliografía analítica* sobre la entrevista (págs. 243 a 362), y *Una lección de la historia*, réplica al Dr. José Pacífico Otero. De esta devoción sanmartiniana fluyeron, asimismo, artículos magníficos como "Meditaciones sanmartinianas" (*La Nación*, agosto de 1950), "El sable de Maipú" (*La Prensa*, agosto de 1950), y "Temple de héroe" (*Américas*, Washington, 1930).

EL ESPÍRITU INDOHISPÁNICO EN EL TEATRO DE ROJAS

Las cuatro obras dramáticas de Ricardo Rojas reflejan su espíritu de argentino esencial. No he de adentrarme aquí en el estudio de ellas, pues ya cumplí esta labor en la Casa del Teatro de Buenos Aires, cuando inauguré la Cátedra "Ricardo Rojas", así como en publicaciones diversas. Pero cuadra en la presente oportunidad su referencia, siquiera esquemática, para mantener la unidad del recuerdo que hago de la obra del maestro. El espíritu de la tierra y de la raza; la tradición y la emoción indígena en el arte; la historia y el sentimiento de la argentinidad, iluminan y vibran en el teatro de Rojas, que constituye un bello perfil de su doctrina. *Ollantay*, estrenada en el Teatro Nacional de Comedia el 28 de julio de 1939, es la tragedia de amor y de coraje del héroe del Antis, antecesor multiseccular y simbólico del Libertador de la patria, desarrollada por Rojas en cuatro actos, y estudiada a la luz de los textos documentales en *Un titán de los Andes* (1939).

Elelín (28 de marzo de 1929, en el Ateneo), se funda en el sueño de los conquistadores cruzado de sangre, dolor y muerte; el sueño de Linlines, Trapalandas, Yungules, Chillis y Césares, ricos de oro y de pedrerías. Es la tragedia física de Diego de Rojas rubricada con la tragedia moral de Catalina de Enciso y Felipe Gutiérrez. *La salamanca* (10 de septiembre de 1943 en el Teatro Nacional de Comedia), extrae su materia y su soplo de la hechicería hispana, conjugada con la magia indígena, y presenta un choque de psicologías antitéticas que dan la imagen de los tipos humanos que llegaron a América durante la Conquista. *La casa colonial* (4 de junio de 1932 en el Liceo), al vitalizar un episodio sensacional de nuestra historia —la conspiración de Alzaga, en 1812— realizó, en ambos sentidos, el principio de Aristóteles glosado por Lessing en *Dramaturgia burguesa* y, asimismo, por Guillermo Schlegel, que establece la diferencia entre el historiador y el escritor, en cuanto afirma que el autor dramático no es un historiador, puesto que el autor pinta y éste expone los hechos reales, y, además, el que escribe una obra de teatro se atiene a lo que pudo o pudiera acaecer, a la inversa del que hace historia que se circunscribe a la realización de los sucesos tal como se fueron desarrollando en la verdad.

Y efectivamente, Rojas, en esta obra estrenada por Eva Franco, se mantiene fidelísimo a los datos de la documentación histórica, y el famoso diálogo entre Rivadavia y Pueyrredón (II acto), lo demuestra, ya que es reproducción casi textual de aquel entredicho dramático en el Fuerte, cuya

versión recogiera Florencio Varela del propio Rivadavia, años después de producido. Pero agrega episodios y personajes pedidos a la imaginación para sustentar mejor la arquitectura de los actos, especialmente el tercero.

Otras obras ha escrito Rojas con destino al teatro, pero las mantuvo inéditas. Así lo ha confesado. Ignoro sus títulos y argumentos. La tarea de los inventariadores oficiales —ya que todo lo que perteneció al maestro ha pasado, por donación, a propiedad del Estado— dirá de la existencia de esas creaciones. En realidad, Rojas se inició en la escena con el breve poema patriótico *Oratorio laico*, que lleva música del maestro Pascual de Rogatis y que fue estrenado en el Teatro Colón, en mayo de 1910, con motivo del Centenario patrio.

LA POLITICA PARA UN ARGENTINO ESENCIAL

Ricardo Rojas se había mantenido al margen de las contiendas políticas. Pero en 1930 un levantamiento militar quebrantó el ritmo de nuestra vida democrática. Asomó la dictadura, y como fertilizados por su espíritu, despuntaron vigorosos movimientos ajenos a la tradición cívica argentina y cuyos hontanares de inspiración se abrían en países totalitarios. La doctrina sustentada disentía categóricamente con las esencias mismas de nuestra historia. El drama nacional culminó con la anulación de las elecciones del 5 de abril de 1931, en que la voluntad popular repudió al gobierno impuesto por la fuerza de las armas. Cárcel, persecución y oprobio fue el destino de millares de ciudadanos. Y en ese instante crucial, Ricardo Rojas se incorporó a la Unión Cívica Radical, el Partido en derrota, que solamente podía ofrecerle la perspectiva del sacrificio. Esta decisión de altura moral sanmartiniana no fue comprendida por muchos hombres de prestigio social e intelectual, pero que ignoraban el concepto helénico de que el artista no puede desentenderse de las sagradas obligaciones ciudadanas. Rojas afrontó reproches, amenazas y hasta burlas crueles, y se consagró con patriótico entusiasmo a combatir el sistema dictatorial. Consideró que había que llevar la educación a las masas populares adictas al radicalismo; encauzar sus magníficas posibilidades, dar un sentido elevado y comprensible a la lucha, compenetrar al pueblo del ideal en todos sus aspectos: darle el arma sarmientina de las ideas y el conocimiento histórico. Para concretar y desarrollar estos propósitos redentores, escribió *El radicalismo de mañana* (1932). En su primera parte, remonta los orígenes de esta corriente política al ámbito de mayo de 1810, a la gestión demo-

crítica de Mariano Moreno frente al sentimiento conservador de Cornelio Saavedra. En este libro, que es una biografía cívica de la República, Rojas expone y analiza los problemas básicos de nuestra organización y de nuestra actualidad, desde los constitucionales y administrativos, hasta los económicos y culturales, y lo hace en función del radicalismo como entidad que ha recibido una misión del pasado para cumplirla sin desalientos. Su experiencia de maestro proponía, asimismo, el establecimiento del Colegio del Pueblo, centro de estudios sobre la realidad integral argentina, donde la juventud encontraría no solamente instrucción, sino también sendas de conducta. En diciembre de 1933, Ricardo Rojas había concurrido a la Convención de Santa Fe, junto con Marcelo T. de Alvear, Honorio Pueyrredón, Andrés Ferreyra y otros prohombres de la Unión Cívica Radical. Estalló entonces en el país una revolución para derribar al gobierno, y éste ordenó el apresamiento de todos ellos y su exilio inmediato. Rojas fue trasladado a Ushuaia, donde permaneció desde enero hasta mayo de 1934. Las personalidades señeras de la inteligencia hispana firmaron entonces un documento que habla con justicia de la significación de Rojas en el pensamiento universal. Lejos de atizar odios y venganzas, el confinado en Tierra del Fuego, desde su helado rincón cantó la epopeya del héroe mítico austral Kuanip, y reveló con severa protesta el exterminio criminal del indio ona, en su libro *Archipiélago* (1942), publicado primeramente en las ediciones dominicales de *La Nación*. Allí también terminó su *Cervantes*, admirable superación de la compilación *Poesías de Cervantes*, realizada en La Plata (1916); y allí, en horas de exaltación, rimó su rotundo poema *El albatros*. Regresó a su casona colonial de Buenos Aires, y ya en su biblioteca, rodeado de amigos, pronunció voces de optimismo, instancias al trabajo y al estudio, pero sin cejar en la decisión de combatir por la restitución de los derechos y el respeto de la dignidad humana. Cuando el radicalismo lo proclamó en 1946 candidato a senador nacional por Buenos Aires, yo conocí por su propia confidencia el plan de acción educacional que se proponía desarrollar en caso de ser elegido. La enseñanza, en sus tres ciclos fundamentales, hubiera alcanzado un vuelo magnífico. La decisión popular favoreció otros designios y el país perdió un parlamentario de excepcionales virtudes. Para él la política consistía en trazar rumbos de dignidad a la ciudadanía; sembrar ideas; favorecer la aptitud popular para el trabajo; asegurar la justicia social; llegar a la democracia por la educación. Y murió predicando estas fórmulas a la juventud.

LA ARGENTINIDAD EN LA CÁTEDRA UNIVERSITARIA

Ricardo Rojas ocupó, en 1913, la cátedra de Literatura Argentina, creada el año anterior por el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras. Fue su mentor en la ceremonia inaugural de tan elevada tribuna el académico Rafael Obligado, glorioso autor del poema "Santos Vega". En esa misma circunstancia surgió la chispa de un conflicto que apasionó el ambiente intelectual del país y provocó encendidas controversias. Rojas, argentino esencial, que aparecía tremolando sus principios de patria, tradición y democracia, y hablando el lenguaje del espíritu de la tierra, expresó que *Martín Fierro* llega, por su unidad y por su asunto, a ser para la nación argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la *Chanson de Roland* y el *Poema de Mio Cid* para la nación española. Las réplicas resonaron enseguida. Y hasta se organizó una encuesta para dilucidar la cuestión. ¡Quién diría! El gaucho y sus problemas, la misma tradición en sus poesías, sus cantos, sus danzas, sus sentimientos, disonaban entonces en medio de ese cosmopolitismo subestimador de lo nuestro, que convertía a un sector de la sociedad en campo adicto a lo exótico, peligro que amenazó desde las afecciones nacionales hasta el propio idioma. La cordura de hombres que a su hora justificaron, con Unamuno, la predicación fervorosa y abnegada de Rojas en *La restauración nacionalista*, puso en el buen sendero a criollos que hacían ascos al mencionar al gaucho, acento vivo de la raza, carne y dínamo de los ejércitos de la libertad, conservador del cancionero, médula de la tradición; criollos devotos del galicismo integral, que no comprendían que algunos de ellos llevaban en su sangre y en su psicología al indio y al propio gaucho! Pese a tales críticos europeizantes, Rojas hizo de su cátedra una verdadera atalaya de la argentinidad.

Flor de esa magnífica docencia fueron los cuatro gruesos tomos de *La literatura argentina*, estudio filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata, como reza el subtítulo (1917-1920), obra de culminación y de consagración, en la que se cumplen los ciclos fundamentales que caracterizan la perspectiva doctrinaria e histórica de Rojas: *Los gauchescos*, o sea el proceso de nuestra formación nativa; *Los coloniales*, estudio de nuestra evolución hispanoamericana; *Los proscriptos*, destinado a nuestra organización democrática, y *Los modernos*, que abarca lo que él llamara el período de la renovación cosmopolita. Cuatro fuentes acaudaladas de sabiduría y verdad, en las que desde hace cuarenta años se abreva la mente de la juventud. De estos cuatro tomos me he ocupado con extensión en

diversos trabajos, demostrando su influencia categórica en la formación intelectual argentina. No cabe insistir aquí.

El extenso estudio que precedía a *Los modernos* fue posteriormente desglosado de la edición príncipe, y ahora circula independientemente bajo el título de *Las provincias*. El juicio universal coronó esta obra monumental del maestro, de la que puede afirmarse que, si por su erudición extraordinaria, por sus aciertos conceptuales, por su método, merece la perennidad, suyo sea el laurel, por haber opuesto un valladar a la colonización espiritual que iba dejando muy atrás el conocimiento de los valores genuinos de nuestra cultura.

Rojas hizo de su cátedra una verdadera facultad. Tuve el honor de seguir a su lado por más de treinta años, como alumno primero, discípulo y colaborador después y siempre como amigo. En torno de esa cátedra surgieron cursos libres. El Instituto de Literatura Argentina, creación inolvidable de la cátedra, no obstante sus flacos recursos económicos, dio a la cultura del país más de cien publicaciones en sus secciones Teatro, Novela, Crítica, Catálogos de Folklore. Bajo su dirección inicié en el Instituto el primer curso libre de Folklore (1949). Gloria de esa cátedra fue el curso sobre Sarmiento, insuperada exposición sobre la obra inmensa del gran sanjuanino. Los servidores de la tiranía lo obligaron a renunciar después de más de cuarenta años de sembrar la argentinidad! De su fecundo gobierno de la Facultad (1921-1924) quedan los testimonios en el volumen *Documentos del Decanato*. Rojas llegó a la alta dirección de la casa por el voto unánime, es decir por tácita aclamación. Ocupó el Rectorado de la Universidad (1925-1930) en horas difíciles, y sobreponiéndose a conflictos, choques de ideas y movimientos estudiantiles, llegó a ser árbitro indiscutido por su probidad y patriotismo. En *Discursos del Rector* (1930) están contenidos el pensamiento y la obra de Rojas en el gobierno universitario. Toda nueva información que pudiese completar el conocimiento de los autores y temas era expuesta a los alumnos, ya en la cátedra, ya en publicaciones. A esta preocupación se deben *Otros versos de Martín Fierro* (1937), *Echenique* (1938), ésta en amable réplica al historiador P. Guillermo Furlong, S. J., sobre la paternidad de *Laudationes; Un dramaturgo olvidado, Don Francisco Fernández y sus "Obras dramáticas"* (1923); *Evocación de Emilio Becher*, que figura en la edición de *El diálogo de las sombras y otras páginas* de Emilio Becher (1938); noticias preliminares a numerosas obras del teatro nacional, editados por el Instituto de Literatura Argentina, prólogos, comentarios.

Rojas fue profesor de futuros maestros de escuela, en 1905. Desde

1908 ejerció la cátedra en la Facultad de Humanidades de la Plata. Perteneció al núcleo fundador de esta casa de estudios, fruto de la iniciativa de otro argentino de imperecedera memoria: Joaquín V. González, sabio ministro, armonioso escritor que supo interpretar el alma de la tierra nativa. Hasta esa tribuna altísima, Rojas llevó su prédica argentina, su impulso investigador, que se definió en la publicación de la *Bibliografía de Sarmiento*, en la que profesor y discípulos aunaron mente, corazón y esfuerzo para dar cima a esta importante obra. Predicador de la patria, llegó en 1914 a la Universidad de Tucumán, y pronunció tres conferencias que se iniciaron con la que tituló "El sentimiento geográfico y el nombre de la Universidad de Tucumán". En aquella ocasión fue saludado como uno de los que alentaron la fundación de la ilustre casa de estudios.

Rojas fue un educador clásico. Después de medio siglo de enseñanza en escuelas normales, colegios nacionales y facultades, prolongaba en privado su magisterio argentinista en las pláticas cotidianas, con jóvenes estudiantes y profesionales que llegaban hasta su casa a requerir consejo y a confesar ideales, lo mismo que políticos, escritores, artistas, militares. La casa de Rojas fue universidad de conciencias libres.

De su peregrinaje romántico por la Universidad, los ateneos, el mundo intelectual y la política militante, Rojas nos ha dejado páginas de confianza en sus *Memorias*, cuya publicación se halla en trámite. Están ordenadas bajo los títulos *Don Absalón* (por su padre); *El Mataquito* (por el sobrenombre que sus familiares y amigos le pusieron en la niñez); *Entre bohemios y doctores* (su actuación a partir de 1898) y una carta, dedicada a los episodios acaecidos desde la Revolución de septiembre de 1930 hasta 1956.

RICARDO ROJAS Y EL ALMA DE ESPAÑA

Amar a nuestra Argentina es no olvidar a España. Y Ricardo Rojas, argentino esencial, llegó a la península en 1907 por instinto racial, sentimiento afectivo y vocación de americano estudioso. Estaba España en su itinerario a Francia, Italia e Inglaterra, sobre cuyas particularidades escribiera aquellas correspondencias que están incluidas en *Cartas de Europa* (1908). Pero en España vivió la mayor emoción. Ocupaba sus horas en discurrir por ateneos y academias, platicar con escritores y filósofos, poetas y autores dramáticos; frecuentar los archivos famosos, donde era posible alternar con glorias de la investigación como don Marcelino Menéndez y

Pelayo; ir, en fin, como a propia casa, al retiro luminoso de pintores y escultores. Daba sus primicias de América y recibía las confidencias del talento. Esos convivios, en los que Rojas era el forastero juvenil—tenía apenas veinticinco años—, dieron levadura de ideas y emociones a los artículos que escribía, al recogerse en su aposento, cada madrugada. Hace un año me contaba el maestro, con nostalgia, sus andanzas por aquel Madrid de soñadores y noctámbulos; y su memoria prodigiosa animaba imágenes de hombres y de paisajes; sus visitas, sus debates cordiales en el corro intelectual, su aprendizaje en lugares donde la historia parece vivir, cada día, sus glorias y sus dramas y, en fin, su conferencia en el Ateneo de Madrid, sobre Olegario Víctor Andrade, nuestro poeta de los grandes temas nacionales. La impresión intensa recibida en tierras de Castilla se convirtió en emoción y clarividencia que enaltecieron aquellas disertaciones que sobre el Cid Campeador dictara para nosotros en la Facultad de Filosofía y Letras, hace más de tres décadas. En 1908 reunió Rojas los trabajos que periódicamente enviara a *La Nación*, y con otros que ya tenía publicados, formó *El alma española*, bello libro que editó la entonces popularísima "Biblioteca Blanca", de Sempere, con el infaltable retrato del autor en uno de los ángulos de la tapa. Los artículos de *El alma española* son la esencia viva del pensamiento y de la sensibilidad hispanas en esa hora de transición, apreciada y valorada por el temperamento de un poeta argentino. Un año después de su retorno ocupó la cátedra de la Universidad de La Plata, para referirse al problema español, en conferencia que llamó *La España actual*. Treinta años más tarde Rojas nos brindó su *Retablo español* (1938), que vigoriza los recuerdos de aquella andanza cumplida para conocer la verdad de esa España declarada caduca por nuestros viejos maestros... incapaz de civilización..." España ha correspondido este cariño a Rojas. Basta leer artículos y correspondencia de Unamuno, Ramiro de Maeztu o Luca de Tena; cartas de Menéndez Pidal y Ortega y Gasset; dedicatorias de libros, para comprobarlo. Pero citaré un hecho que me implica. En 1934, a raíz de la revolución radical contra el gobierno del general Justo, considerado dictatorial, Rojas, junto con Adolfo Güemes, Honorio Pueyrredón, Enrique M. Mosca, E. Alvarez de Toledo, Andrés Ferreyra, y muchos más fueron confinados en Ushuaia, frígida capital de Tierra del Fuego. Yo escribí a don Ramón Menéndez Pidal informándole de la prisión del maestro, y aquel ilustre autor de *La España del Cid*, preparó una nota que firmaron todos los grandes de la intelectualidad hispana. La destinaban a nuestro gobierno demandando la libertad del gran argentino sometido a prisión. Cuando iban a enviarla

a Buenos Aires, les llegó la noticia de que, al cumplirse seis meses de confinamiento, Rojas y sus compañeros habían sido liberados. Menéndez Pidal remitió a Rojas el original con las beneméritas firmas como recuerdo, y en testimonio de adhesión. El entusiasmo por los estudios hispánicos acompañó a Rojas hasta sus últimos años. Lo revela su trabajo sobre la métrica del *Poema de Mio Cid* aparecido en *La Nación* y que, según me adelantó el maestro en 1954, formaría parte de un libro consagrado a la estructura del famoso cantar.

Ahora, en el día luctuoso, España dejó caer su flor de emoción sobre la tumba del amigo que supo cantarla, comprenderla, sentirla, porque también llevaba en su sangre el soplo glorioso de ella.

LOS FUEROS DE LA PATRIA EN AMERICA Y EL MUNDO

El último libro que Rojas escribió se titula *San Martín, hombre de Estado*, y se encuentra en nuestra Cancillería para su publicación oficial. Está consagrado al análisis de la capacidad diplomática del Libertador Don José de San Martín, puesta en duda por algunos historiadores continentales, quizá para aumentar el volumen histórico de sus héroes locales. Con Nerio, hermano de Ricardo, médico sabio y escritor también ilustre, revisamos estas páginas en cuyo texto, ya mecanografiado, el maestro había hecho correcciones de su puño y letra, horas antes de morir. Esta obra, que pronto conocerán los argentinos, esclarece, a favor de una documentación exhaustiva, espigada con celo y rigor científicos, actitudes y puntos de vista que durante un siglo fueron semilla de polémicas. Constituye una coronación definitiva de su *Ensayo de crítica histórica sobre episodios de la vida internacional argentina*, en cuanto concierne al tema San Martín y el Congreso de Panamá, que en dicho *Ensayo* abarca más de cincuenta páginas. Reclama Rojas para nuestro país, y con derecho inalienable, el mérito de haber promovido en 1810, por la palabra de Mariano Moreno, preclaro mentor del credo de Mayo, el Congreso de las naciones americanas que en 1826 tuvo apenas un principio de realización, con ausencia de nuestro país. La idea matriz sustentada, como digo, en Buenos Aires, fue desarrollada en 1813 por el vibrante Bernardo Monteagudo al formular su *Constitución* para los pueblos confederados de América. De este prócer argentino, asesinado a traición en Lima, es el *Ensayo de una confederación general de estados hispanoamericanos* y el *Plan* para su organización, cuyas primeras páginas fueron escritas en Quito en 1823, y que, una vez conocido mereció el fervoroso estímulo del

propio Bolívar, que lo admiraba. En páginas objetivas de austera imparcialidad, Rojas demuestra que San Martín, con inteligencia política admirable, procuraba los mismos objetivos que Moreno y Monteagudo mediante alianzas militares que él había formalizado entre Argentina y Chile, Chile y Perú, para luego preparar la de Perú y Colombia. Por eso San Martín llevó a Guayaquil todos los recaudos para reunir el Congreso de los estados, más el *Tratado adicional*. No fue comprendido.

El 22 de junio de 1826 se reunió el congreso. El fracaso resultó evidente, pues asistieron, como únicos miembros los representantes de Colombia, Centro América, Perú y los Estados Mexicanos. Brasil se abstuvo. Chile se excusó dando razones de orden formal. Bolivia dejó librado al propio Simón Bolívar la designación de los delegados, y éstos nunca fueron elegidos. Estados Unidos accedió a concurrir mediante la condición de que Bolívar le prometiese no invadir Cuba y Puerto Rico, con fines libertadores. Obtenida la promesa, nombró un plenipotenciario que murió en el camino; el sucesor resultó ya innecesario. Inglaterra y Holanda mandaron simples veedores. La ausencia de nuestro país, acusada sin causa, de mala fe, se debió, como Rojas lo señala, a la disolución caudillesca, la guerra con el Brasil y las agudas intrigas diplomáticas que afectaban incluso nuestra independencia.

Rojas cierra su *Ensayo* lamentando la incompresión de Bolívar y de Rivadavia para San Martín, que era el que estaba en la verdad en su tesis de "fundar estados nacionales y confederarlos en la libertad mediante congresos legislativos y alianzas militares a las que sometía su poder". Y finaliza diciéndonos a modo de ejemplo: "...San Martín nos ha dejado en Guayaquil su más elevada lección: dominar estoicamente las pasiones egoístas—concupiscencias, codicias, efímeras fruiciones de lo terrenalmente mezquino— para llegar, como él llegó, a la plenitud del hombre".

Rojas dedica la tercera parte del *Ensayo* a la política internacional del presidente Hipólito Irigoyen, prudente y sabia, que muchos no comprendieron, durante la guerra mundial de 1914-1918. En esa emergencia crucial Irigoyen—lo dice el maestro—procedió con cautela como estadista y como un hombre que se debía a la conciencia de su pueblo, a la responsabilidad de su función, al honor de su Patria". Digno juicio de quien predicó la justicia contra la barbarie en aquellos discursos y meditaciones que forman ahora el tomo intitulado *La guerra de las naciones* (1924). Entonces Rojas no era neutralista, y no lo era por fervor democrático y amor cristiano a la humanidad. Irigoyen, sagaz diplomático y eximio piloto de tempestades, salvó la sangre argentina y mantuvo la dig-

nidad nacional, con sólo esperar sereno y prepararse para todo evento, sin provocar ni dejarse ofender. Por último, el maestro nos reserva las *Reflexiones actuales*, que recorren el paisaje político del mundo, para darnos, viendo lo de allá y lo de acá, la verdad en sazón.

RICARDO ROJAS, EL MISTICO

Cerraré esta contribución sintética al estudio de la obra del Maestro, con el recuerdo de *El Cristo invisible*, libro que puso un día en mis manos con dedicatoria generosa y plena de paternal cariño, como todas las que para mí y para los míos escribiera. Fue Ricardo Rojas un místico esencial. Los años y nuestra relación casi familiar confirmaron esta apreciación, en que muchos de sus comentaristas hemos coincidido. Místico de la raza, de la patria, de la humanidad. Su fe era poesía, decantación moral y estética, que ascendía a veces, más allá de las interpretaciones dogmáticas. Había profundizado en todas las religiones, especialmente en las orientales, para luego confinarse en su cristianismo de imagen personalísima, lo que le acarreó mordientes críticas y ásperos reproches. Hasta libros se publicaron para rebatirlo y acusarlo de paralogista. Él confesaba siempre que sentía en su alma la presencia del Cristo invisible, universal y divino, que a la conciencia llega con el mensaje dulcísimo del Bien y del Amor. Había en Rojas un instinto sacerdotal, que él solía reconocer complacido; a este instinto uníase una virtud videncial. Y, en efecto, su lenguaje, cuando traducía los sentimientos y estados emocionales más hondos, era el de un predicador augural. *El Cristo invisible*, que apareció en 1928 y circula en muchos países, especialmente en Estados Unidos de Norteamérica, traducido al inglés, debe ser considerado aleccionador fruto, precisamente, de una exaltación de la sensibilidad acuciada por ese misterio que invade y supedita durante las crisis de los grandes dolores de la carne y del alma y prueba que Rojas, en religión, vivía para muy adentro. Y sean cuales fueren las discrepancias teológicas que los tres diálogos entre El Huésped y Monseñor, señalen y agudicen, es hecho innegable que de toda la obra fluye una luz de sinceridad apostólica, una devoción auténtica por Cristo, Maestro eterno, verdad y camino. Que todos llevemos en nosotros mismos el soplo redentor del Cristo invisible, es la superior aspiración de Rojas.

Sorprenderá saber que hubo quienes lo llamaron ateo. Muchas veces me lo recordó con sorpresa. ¡Ateo él, que no concebía la vida sin el influjo de la Divinidad! El, que dedicó bellos y sabios estudios a los *Autos Sacra-*

mentales, (*La Nación*, 1955), él, que escribió medulosos estudios sobre Santa Teresa de Jesús no podía ser un hombre sin fe cristiana. *La Nación* recogió la última de sus meditaciones sobre la Carmelita de Ávila, cuando ya Rojas había llegado a los 72 años. No calló, es verdad, sus disidencias de místico individualista; pero tales disidencias, justo es aclararlo, fueron, según yo lo interpreto, inspiradas por un quintaesenciado amor al Hijo del Hombre cuya palabra fue savia nutrición de su moral. Rojas no volvió a Cristo después de discutirlo, de negarlo, de suplantarlo, como muchos escritores europeos arrepentidos; porque Rojas nunca lo ofendió con la duda. Lo llevó dentro como una luz de intimidad, y creyó intuir su voz y su palpitación. Esta es la razón de su libro.

COLOFON

La patria elevada por la libertad; la democracia depurada por la educación; la educación nutrida por el espíritu de la tierra, la tradición y la moral; el arte con el signo acrisolador de Eurindia; esa patria vislumbrada en los sueños de Moreno, en la austeridad de San Martín, en la ambición constructiva de Sarmiento, y en la fidelidad racial y terrígena de los que la cantaron, constituyó su vocación idealista.

Rojas fue el poeta y el místico de la Argentinidad. Hasta su prosa de enseñanza y de polémica está animada de lírico fervor religioso. Sigamos su señal, porque, como él afirmaba en la ya citada conferencia sobre don Juan Zorrilla de San Martín: "El poeta es siempre el guía que necesitamos, como la estrella, que alta y lejana parece no servir para nada a los hombres y que, sin embargo, puede servir de norte a los navegantes, sobre las aguas fugitivas del océano y ante las nubes tormentosas del horizonte".

ISMAEL MOYA,
Cátedra Ricardo Rojas,
Buenos Aires.